

y más tarde como ellos sojuzgado por el poder romano, y sobre cuyos restos de civilización industrial marítima asentó Juan García de Caamaño, *el Hermoso*, los cimientos de la antigua Villagarcía, mentada por el Maestro Molina como emporio marítimo, la futura ciudad de Arosa, cuando el interés de sus moradores, de común acuerdo, recaben para ella el justo rango que como centro de esta región le corresponde.

Villagarcía de Arosa, 13 Enero 1915.

F. FERNÁNDEZ GIL Y CASAL,  
Correspondiente de la Real Academia Gallega.

---

### III

#### APUNTES ARQUEOLÓGICOS

*por el Sr. D. Juan Fernández Gil y Casal, en comunicación manuscrita que ha dirigido á la Real Academia de la Historia.*

Sólo por cumplir el acuerdo de nuestro Director, escribo unos renglones que sean voz nueva y una más en elogio del importante trabajo del Sr. Fernández Gil y Casal, pues llegar á categoría de Informe no es preciso, toda vez que estudio el de referencia hubo ya pasado por la vista, siempre sabiamente crítica, del doctísimo Director, quien ha mirado con indulgencia la parte filológica; y para las seguridades de ésto, hallo en el párrafo con que comienza su Memoria, el documentado investigador de Villagarcía de Arosa, que, el decidirse á redactarla, es una concesión que hace á las reiteradas instancias de su tan buen amigo y eminente Censor de esta Academia, el Sr. Fernández de Béthencourt. Véase, pues, cómo ya queda redactado el mejor Informe, induciendo á mérito relevante para el trabajo del señor Gil y Casal, al consignarse la aprobación y los estímulos con que le distinguieron las dos autoridades científicas aquí, con mi respeto, consignadas.

Pero escribiré algunos párrafos para saludar con mis felici-

taciones al Sr. Fernández Gil, que es un arqueólogo excavador; y como yo, con amor y entusiasmo, camina por esa resplandeciente vía, que el azadón arqueológico va abriendo por los campos de nuestra amada Patria; polvo que arremolinaron los vientos; tierras que superpusieron los siglos; montes de barro que irguieron los temporales; campos de soledad, en fin, sobre los que inmigraciones con el hacha y la piqueta de razas, en costumbres, en creencias y en necesidades diferentes, corrieron arrolladoras, socavando los aplomos y niveles de los monumentos, y borrando aquellos signos, aquellas imágenes, aquellos nombres y aquellos lugares que eran heraldos, testigos y fastos de nuestra primitiva difumada Historia, para que el tiempo, con su siniestro brazo, sustentador de la muerte, haya soterrado, como en cementerio inmenso, cuanto fué vida, ó por la vida, en el inconmensurable período desde el *Diluvium* del Chellense Manzanares, hasta el fin de aquella férrea invasión de que fué testigo y primer anotador el ya hoy tan justamente elogiado Piteas.

De entre estos larguísimos períodos, escoge el Sr. Fernández Gil, para sus doctas investigaciones, los últimos nada cortos, pues tal vez abarquen desde los postreros rasgos de los neolíticos hasta la sangrienta extinción de la época visigótica, pues aquéllos pudieran corresponder los grabados en las Piedras de los Ballotes, como en la del Meadelo, y acaso la de Carnés. De todas ellas acompaña dibujos á su Memoria el Sr. Gil y Casal, y bien recordamos la última, por insertarse en la obra del señor García de la Riega, que con el título de *Galicia Antigua* premió esta Real Academia y publicó antes Barros Silvelo en sus *Antigüedades de Galicia*, por el año 1875. Vive asimismo en la Academia con estimable memoria, aquel malogrado joven, nuestro Correspondiente el Sr. Campos, que en una de las sesiones á que asistió nos mostrara, en valioso álbum, muchísimos dibujos por su inteligente desvelo y afición copiados en la región de Pontevedra, privilegiada para esos grabados rupestres que llaman *insculturas* el Sr. Fernández Gil y Casal y tantos otros doctos de Galicia. La curiosísima piedra de los Ballotes en aquél se copiaba, y aun creo recordar que su autor, el Sr. Campos, presentó

el dibujo en la importante exposición celebrada en Santiago el 1909. Pero la parte alta, que se determina con el núm. 2, resulta completamente inédita, pues sólo el Sr. Fernández Gil logró descubrirla entre las innumerables rocas que resaltan por aquella cumbre.

Igualmente inédita es la gran piedra del Meadelo, que de su importancia arqueológica da hoy cuenta á la Academia el Sr. Gil y Casal, y á este mérito reunió el estimadísimo de emplear insistentes exploraciones, prolijos trabajos y no leves incomodidades, para ir leyendo puntuaciones, líneas y figuras tan borradas por los siglos, que precisa sorprenderlas á los rayos del sol naciente ó á los reflejos de un ocaso.

Aunque fuere en hipótesis, resultaría interesante la aventura de asomarse á la sima del misterio, para si en sus resaltos se descubría algún reflejo que esclareciese los simbolismos de esas misteriosas rocas, en las que se delinean animales que se veneraron como *totem* de primitivas tribus, ó aspiraciones cinegéticas, ó escenas de caza; y muchos son los múltiples círculos concéntricos y derivaciones de la línea externa para iniciarse la tan misteriosa como discutida espiral, que ya claramente se graba en las piedras de Santa María de Sacos, Lombo d'a Acosta, Pedra d'o Moura encantada, y muchas otras descubiertas y estudiadas por nuestro compañero Correspondiente, el joven y ya reputadísimo arqueólogo D. Juan Cabré Aguiló, que en reciente viaje por Galicia ha rebuscado con su amorosa diligencia, copió con su iluminado acierto y describirá en próximo y docto libro, en el que se consignarán profusión de estos signos en ambas orillas de las rías del Tambre, Marín y Arosa.

Los círculos concéntricos, como la rueda, por muy general representación se tienen del mito solar, tan extendido por la Iberia, y muy particularmente en Galicia, según Costa, lo que más terminantemente se declara por la piedra de Samarugo, en la que profundamente se graban tres soles con sus grandes orlas de rayos similares á las de Dowth en Irlanda, y no olvidemos á la de Jinzo de la Cuesta con sus representaciones astronómicas y solares, que á tal importancia realzan tantos notables arqueólogos de Ga-

licia, y pues la espiral solar por iniciada la ven en las múltiples SS de las fusayoles de Hissarlik, como en el Hércules llamado del Chatelet, con la rueda solar en la mano izquierda, en la derecha los rayos, y al hombro, colgando de un gran aro, hasta once SS. Si Montelius y Evans originan la espiral en los escarabeos de Egipto, Déchelette la declara como influencia egea, que viene á Iberia al fin del período neolítico, para de nuestra patria pasar á Irlanda, llegando á toda su grandeza en aquella artística y triple espiral que tan misteriosamente adorna la enorme piedra, en el suelo de entrada, á la galería del admirable *tumulus* de New-Grange.

La hermandad de los múltiples círculos concéntricos y las espirales, ya lo anotamos por frecuentísimo en Galicia, en donde hoy se conocen más de quince localidades que presentan círculos grabados y no bajan de diez las ornadas con círculos concéntricos, de las cuales siete pertenecen á la provincia de Pontevedra, simulacro que con semejante frecuencia se repite en Irlanda, siendo notable ejemplo las piedras de Longh-Crew.

Si hemos mencionado que la espiral se halla en Galicia, con preferencia en las costas y riberas, lo mismo ocurre en Irlanda, probándolo así Mr. Coffey al hacer un mapa de las piedras con espirales de aquella isla; no rara inteligencia entre ambos países, que unidas estuvieron sus tierras en épocas primitivas, sostuvieron constante comunicación y repetidas inmigraciones galaicas, pues de ese enlace por el tormentoso mar *Gallico* ya recordado fué por el folk-lore é inscrito en las viejas y hermanadas tradiciones, que si con justa razón tanto encarece el Sr. Fernández Gil las supervivencias griegas en Galicia, así también de ésta persisten caracteres étnicos bien determinados en Gailian (Leinsceter) y de Olnemcht (Connaught), destacándose los tipos de la raza española, del invasor Hérémon con sus característicos cabellos y ojos negros, entre Wesford y Galway; y así se complace en consignarlo el Dr. Madden, aunque no con aquella brillante literatura, amor ciudadano y excelsa inspiración que imprime á todas sus obras la eminente Condesa de Pardo Bazán, cuando en *Las Rías Bajas*, cantando en anterior estrofa

á las mujeres griegas, añade:

¿Y quién sabe si en épocas remotas,  
 Cuando las griegas flotas  
 Vinieron á abordar á estos lugares,  
 El modelo que fué de Praxiteles  
 No huyó de sus cinceles,  
 Y alzó aquí sus domésticos altares?

Que ya Justino, en su libro 44, dice que los gallegos se reputaban por de origen griego.

La espiral, en su viaje de difusión, ofrece la singularidad de ser tan rara en Creta durante el período primitivo, como en Italia, y desconocidísima en la Galicia occidental, mientras que se hace sumamente común en el arte minoio medio, en el micénico y escandinavo, como en todo nuestro período céltico.

Pero de que sea creación egea aparto mi modesta opinión, pues la aventajan de muchos siglos, á la fecha del segundo milenario que suele asignársele, los ejemplos cuaternarios en que ya los círculos concéntricos, como la genérica S y las retorcidas espirales aparecen casi en nuestra frontera, grabados sobre asta de reno, los primeros en la cueva de Lourdes, los segundos en la misma y en Les Espelungues d'Arudy, etc., habiéndose hallado en éste dobles ejemplares con ornamentaciones de espirales completas. En nuestra misma España ya aparecen en los petroglifos de Andalucía los círculos concéntricos en la Batanera de Fuencaiente, y tal vez una iniciación de la espiral en Peña Escrita de Ciudad Real; pero donde se manifiesta intencionada y completamente, es en una de las cuevas llamadas de la Paloma, sierra del Pedregoso, en la laguna de la Janda.

Yo me induzco á creer que las ideas sencillas son espontáneas y comunes á todos los hombres y á todos los tiempos, así como la imitación fácil de cuanto impresiona; los arcos concéntricos del sorprendente arco iris; los círculos incisos que dibuja en el agua la caída de un objeto; una cuerda, un flexible y largo filamento, ¿no forman frecuentes espirales?

Si el hombre usó desde el incontable tiempo del medio pleistoceno las flechas, ya tan determinadas en el solutrense, y aun